

Del 11-S y de la guerra

Diez años después, podemos decir claramente que los terroristas no han ganado. Pero tampoco está claro que hayamos ganado nosotros

Por Josep Ramoneda

EN 2005, participé en un debate sobre el 11-S y el 11-M en la New School de Nueva York. El seminario reunió a políticos, periodistas, jueces, intelectuales y representantes de las asociaciones de víctimas. Al oírles a todos ellos, se podía llegar a la conclusión de que las únicas cosas que tenían en común los dos atentados eran muchos muertos y el aire de familia de sus autores. Los políticos americanos no entendían que en España se hubiesen celebrado unas elecciones tres días después del atentado, lo que desde aquí podía ser visto como una afirmación del sistema democrático y como una catarsis que contribuyera a la elaboración del duelo, desde allí parecía una aberración. Al mismo tiempo la diligencia y la responsabilidad suprapartidista con que la comisión del Congreso americano había redactado su informe contrarrestaba con la exhibición de resentimiento que dio la derecha en el Parlamento español. Los periodistas americanos defendían la censura de imágenes de las víctimas que se había autoimpuesto la prensa de su país y no entendían que los españoles reivindicaran la publicación de estas imágenes precisamente para favorecer la conexión emocional con los que habían sufrido el atentado. Y así sucesivamente, en todos los campos. Incluso las organizaciones de víctimas eran diferentes: las de Nueva York escasamente politizadas y muy enfocadas a cuestiones prácticas; las de Madrid, mucho más marcadas por el debate político. Estados Unidos, la primera potencia mundial, había sido atacada por primera vez por terroristas extranjeros en su propio territorio; España, desgraciadamente, tiene una larga experiencia terrorista y, por tanto, está mucho más acostumbrada a convivir con él.

En el *hall* de una de las Torres Gemelas había una escultura de Calder. Acabo de ver una de las cinco láminas de hierro que la componían, que forma parte de una exposición sobre el 11-S, en Barcelona. Las leves curvas trazadas por el artista han sido completamente doblegadas por el paso del fuego. Fragilidad del arte, que tampoco



Soldados estadounidenses y afganos, el pasado agosto en Afganistán. Foto: AFP / Getty Images / Romeo Gacad

escapa al efecto destructor de la barbarie.

Diez años después, podemos decir claramente que los terroristas no han ganado. Pero, como dice Gideon Rose, en *The U.S. versus Al Qaeda*, tampoco está claro que hayamos ganado nosotros. Entre otras cosas, porque no sabemos muy bien quién es este nosotros. Sí sabemos, sin embargo, que muchas de las ideas comunes que se habían impuesto en los últimos años eran falsas y que el llamado mundo Occidental, por cinismo, pero también por ignorancia, se había acabado creyendo sus propias mentiras. Las revoluciones de la llamada primavera árabe, cargadas todavía de incertezas sobre su suerte final, nos han revelado que Al Qaeda está fuera de juego en muchos países del mundo islámico y que han sido las nuevas generaciones, más que los impulsos bélicos de Occidente, los que la han derrotado. Diez años después, Bin Laden, ha sido asesinado. Y,

Las revoluciones de la llamada primavera árabe nos han revelado que Al Qaeda está fuera de juego en muchos países del mundo islámico

poco a poco, el primer mundo va emergiendo del clima de miedo que los ataques terroristas, primero, y la guerra antiterrorista, después, habían instalado. Fèlix Fanés en su *Diari de guerra*, del otoño de 2001 en Nueva York, escribe: “Casi todos mis amigos han

marchado. No quiero relacionarlo con las Torres Gemelas. Son gente que viaja mucho. Pero esta vez se han hecho huidizos todos a la vez”. Diez años después, Estados Unidos, que ha vivido una década de expansión belicista, vuelve a plantearse el repliegue sobre sí mismo. Mientras Obama busca sustituir el internacionalismo belicista por la cooperación diplomática, con suerte desigual, la derecha pasa del patriotismo de cruzada occidental de Bush al patriotismo de cruzada interior del Tea Party.

“Los ataques fueron tan impactantes, tan transgresivos, tan catastróficos que era casi inevitable que produjeran una reacción opuesta parecida”, escribe Gideon Rose. Y el discurso de la guerra regresó a Estados Unidos, a partir de la invitación de Bush a luchar contra el imperio del mal. No se ahorraron gastos económicos, políticos y morales. Hubo que sobredimensionar la amenaza hasta convertir a Bin Laden en una especie de monstruo todopoderoso, hubo que inventar la idea de un islam unido lanzado contra Occidente, hubo que construir falsedades y mentiras para justificar una guerra difícil de legitimar, y hubo que alimentar un clima de miedo que paralizara la capacidad crítica de la ciudadanía. Fruto de este debate es *Guerra. El origen de todo*, libro de Victor Davis Hanson, profesor de historia clásica y militar de Stanford, muy representativo de la cultura americana de la guerra. Hanson parte del fatalismo de la guerra: está en la naturaleza humana y por eso existe y existirá mientras el hombre esté sobre la tierra. Ni siquiera la tecnología, por sofisticada que sea, cambiará lo esencial: “La idea de ganar es lo único importante para la opinión pública”. Y “las guerras se ganan cuando muere un gran número de combatientes enemigos”. Para Hanson la mejor manera de analizar los errores de la guerra está en la historia militar. Y desde ella traza agudos análisis sobre las muchas equivocaciones del ejército americano en su historia. La guerra tiene que ver con la cultura de los pueblos y la cultura americana caracterizada por la juventud, el individualismo, el sentido práctico y la familiaridad con las armas está mejor dispuesta para la guerra que la europea. Hanson sí tiene claro quién es “nosotros”: Estados Unidos. La guerra forma parte del carácter trágico de la experiencia humana. Somos “iguales que los griegos pero con dos mil años más de experiencia”, de ella tenemos que aprender, según Hanson, no tanto para acabar con las guerras, que es imposible, como para ganarlas mejor. •

Guerra. El origen de todo. Victor Davis Hanson. Turner. Madrid, 2011. 328 páginas. 22 euros. *Diari de guerra. Nova York, tardor 2001*. Fèlix Fanés. L'Avenç. Barcelona, 2011. 17 euros. *The U.S. versus Al Qaeda. A History of the War on Terror*. Gideon Rose / Jonathan Tepperman (editores). Foreign Affairs, 2011. (Una interesante selección de artículos publicados por la revista en los diez últimos años).

Al borde del abismo

Correspondencia 1933-1940

Walter Benjamin / Gershom Scholem
Traducción de Rafael Lupiani
Trotta. Madrid, 2011. 277 páginas. 20 euros

Por José Andrés Rojo

EN UNA DE LAS PRIMERAS cartas recogidas en este volumen, del 28 de febrero de 1933, ya hay una alusión a lo que está ocurriendo en Alemania. Benjamin le dice a Scholem, refiriéndose al nuevo régimen, que la gente de su círculo se ha dado cuenta de que “el aire ya no se puede respirar”. Pero es solo el principio. Enseguida se sabe que un hermano de Scholem, Werner, ha sido detenido y que también uno de Benjamin, Georg, fue apresado y torturado. El horror se concreta, paso a paso. No podía ser de otra manera, pues tanto Benjamin como Scholem son judíos y la Alemania de Hitler ha decidido exterminar a los judíos.

Al principio del volumen se recogen las

cartas que Benjamin le escribió a Scholem entre el 25 de julio de 1932, desde San Antonio (Ibiza), y el 28 de febrero de 1933, desde Berlín, pero no sus respuestas. A partir del 20 de marzo de ese año se incluye ya la correspondencia que cruzaron los dos. La última carta de Benjamin es del 11 de enero de 1940. Meses más tarde, huyendo de los nazis, llegó a finales de septiembre a Portbou, en la frontera española. Lo descubrieron, e iban a devolverlo a Francia. Prefirió quitarse la vida en la habitación de un hotel ingiriendo morfina.

Gershom Scholem y Walter Benjamin se conocieron en 1915 y, desde entonces, cultivaron una amistad llena de complicidades y un fructífero cruce de influencias intelectuales. El primero se instaló en Palestina en 1923, impulsado por sus convicciones sionistas, y fue uno de los mayores especialistas en la Cábala. El segundo estudió filosofía y se doctoró con una *summa cum laude* por su trabajo sobre el concepto de crítica en el ro-

manticismo alemán. La cuestión judía no fue central en su obra, donde desarrolló cuestiones muy variadas y en la que fue esencial su personalísima manera de elegir, abordar y tratar los asuntos que lo preocuparon. En 1925 no pudo conseguir una cátedra de filosofía en Francfort con un trabajo sobre el origen del drama barroco alemán —se lo consideró demasiado heterodoxo— con lo que vivió de sus colaboraciones en la radio, la prensa y las revistas especializadas, y también de las subvenciones del instituto vinculado a la Escuela de Francfort. Seguramente el asunto central de su correspondencia con Scholem tiene que ver con sus dificultades económicas. “Vivo en una habitación de hotel por una peseta diaria (el precio ya indica el aspecto que tiene)”, le escribe desde Ibiza en julio de 1933, y en otra carta de ese mismo año le comenta que, según sus cálculos, desde que abandonó Berlín habrá “ganado un promedio mensual de

unos cien marcos, y ello en las condiciones más desfavorables”.

Más allá de los problemas de Benjamin para subsistir y de la atmósfera de destrucción que asola Europa, lo que la correspondencia muestra sobre todo son los propios trazos de esa amistad: el afán por ayudarse, la vibrante comunicación intelectual, las afinidades y antipatías comunes, las cuestiones personales. Scholem profundiza cada vez más en los secretos de la vieja sabiduría judía, se vuelca en la universidad, hace viajes. Benjamin escribe de los asuntos más variados, en función de los encargos, pero encuentra algunos huecos para las miniaturas autobiográficas de *Infancia en Berlín* o para avanzar en su gran obra: los *Pasajes*. Tratan de Kafka, de Brecht, de Adorno, de Bloch, de teología judía y de sionismo, del cataclismo que se anuncia en Europa y de los problemas políticos de Palestina. Todo va yendo a peor. A Benjamin lo internan una temporada en un campo de concentración. Pero Adorno le ofrece la posibilidad de instalarse en Estados Unidos. Busca la salida huyendo de Francia y consigue llegar a España, y ahí sucumbe a la tentación del suicidio que lo rondaba hace tiempo. •